

la de Dios. No hay otro medio, y es necesario aprovecharlo, á pesar de la porfiada resistencia que puedan oponer nuestras pasiones. Esto es lo que tanto repugnaba el apóstol san Pedro, que aún estaba muy distante de la perfeccion evangélica; mas esto es precisamente lo que de él y de todos exige nuestro divino Maestro, y esta la obligacion indispensable que nos impuso su Padre celestial, al darnos el testimonio mas auténtico de su divinidad y comprobar la verdad de su doctrina. Este es, dice con una voz de trueno, mi mismo hijo, mi misma sabiduría, mi misma palabra: *Ipsum audite*: escuchádle. Su doctrina es la doctrina de los cielos, sus palabras son la verdad misma, palabras de vida eterna, las palabras del mismo Dios: *escuchádle*. Él nos asegura que necesitamos morir en el tiempo, para resucitar y vivir en la eternidad. Él nos manda renunciar á la tierra, á la carne, á la misma vida, para adquirirnó el cielo, para glorificar el espíritu, para conseguir una gloriosa inmortalidad. Él nos ordena resistir, violentar nuestras pasiones, mortificar nuestros apetitos, negarnos á nosotros mismos, llevar continuamente la cruz, de cualquier especie que sea, y por mas intolerable que parezca su peso, seguir sus huellas por entre las asperezas de la vida, para que podamos acompañarle tambien en las dulzuras de la gloria.

Y ¿quién será capaz de resistir á la voz de Dios, cuando en premio de nuestra obediencia y resignacion á sus adorables decretos, nos promete tanta felicidad? Ah! si en eso consiste, oigamos con humildad las palabras de su santísimo Hijo, sigamos llenos de valor y confianza el camino que nos dejó trazado, amemos la tribulacion y la penitencia, vencamos todas las dificultades que nos impiden la subida al monte santo, y no omitamos diligencia alguna hasta llegar á él. Oh! ¡qué felicidades nos están reservadas en aquel lugar dichoso! En él disfrutaremos la amable compañía de todos los justos de una y otra ley, gozaremos la presencia de todos los ángeles, nos acercaremos al trono de la Divinidad, cuya gloria veremos claramente, sin que haya nubes ó celajes que nos lo impidan, oiremos la voz del eterno Padre, no ronca y aterradora, sino dulce y amable; y hablando de la cruz, de los dolores, de los tormentos ya pasados, beberemos en abundancia, nos embriagaremos eternamente en aquella fuente inagotable de delicias, proporcionadas á los sacrificios que hagamos ahora para merecerlas. Amen.

SERMON.

DEBEMOS TRABAJAR PARA CONSEGUIR

LA GLORIA.

PARA LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

(DE EGUILITA.)

Assumit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem...., et ducit illos in montem excelsum seorsum; et transfiguratus est ante eos.

Toma Jesus á Pedro, y á Santiago, y á Juan..., y los lleva aparte á un monte alto, y se trasfiguró delante de ellos.

S. Mateo, c. 17. v. 1 y 2.

Hoy nos dice el Evangelio, amados fieles míos, que Jesucristo nuestro Señor llevó á tres de sus discípulos, Pedro, Juan y Diego, á un monte, que segun san Gerónimo (1), y la opinion mas fundada, fué el Tabor; y que allí en su presencia se trasfiguró, esto es, hizo que se manifestase en su cuerpo sacratísimo alguna parte de aquella inmensa gloria, que gozaba en su alma benditísima desde el primer instante. Habia prometido su Majestad, como advierten Lira y el papa san Leon (2), que algunos de los suyos le verian con resplandores de gloria ántes de morir, y los llevó al Tabor para cumplirles la palabra, pues en la república de Dios nunca riñeron la virtud y la verdad.

Se trasfiguró el Señor, y de tal suerte, que su divino rostro resplandeció como el sol en fuerza de las luces del alma, que reverberaban en el cristal purísimo de su cuerpo, y sus vestidos competian en la blancura con la nieve, y aún mucho mas. ¡Ó almas, y qué gloria nos aguarda! Almas justas, almas atri-

(1) *Hieron. Epist. ad Eustoch.*

(2) *Lyra in Matth. c. 17. Leo, Hom. de Transfig.*

buladas, consoláos en vuestras aflicciones con el premio que os espera.

Aparecieron allí Moises y Elías, prosigue el Evangelio, y se pusieron á conversar con Jesucristo nuestro Señor. Habia opiniones erradas, dice san Juan Crisóstomo (1), sobre si era su Majestad Elías ó alguno de los profetas, y vienen, dice san Efren (2), á testificar que no es Elías, sino señor de Elías; ó vienen Moises muerto y Elías vivo, dice san Vicente Ferrer (3), para publicar que es juez de vivos y muertos. Lo que hablaron, segun san Lucas (4), fué sobre la pasion y muerte del Salvador. Válgame Dios! de la muerte de Jesucristo hablan viéndole glorioso! Sí, fieles míos, y es bellissimo documento; acuérdesse el hombre de la muerte, al verse con glorias mundanas, con honras y dignidades, porque sin duda es el medio mas poderoso para despreciarlas y para cortar apetitos.

San Pedro, mi padre, anegado en avenida tanta de luces, pretendió edificar tres tabernáculos ó casillas, para gozarlas; pero que erró en ello, le dijo nuestro Redentor, porque no puede haber gloria perpetua en esta vida. Á la misma sazón una nube lucidísima y una voz del eterno Padre impidió á Pedro que prosiguiese. No es otra cosa la tribulacion ó trabajo, que Dios envía, que una voz, que da benignamente al cristiano, para que no se despeñe. Este es mi querido Hijo, dijo la voz, oídle y obedecédle. Oídle, dice, no al demonio, no al mundo, ni á la carne, sino al que viene á dar la vida por vosotros. Al oír la voz, cayeron los apóstoles aterrados. Ó santo Dios! qué será en el día del juicio, si esto pasa en el monte de la gloria? Cayeron de ojos, que como les mandaron oír, tuvieron por demas los ojos para obedecer. En fin, alentados por el soberano Maestro, se levantaron, y vieron solo á Jesus. Qué verdad! solo Jesus es el amigo que no falta. Bajó del monte, y les encargó el secreto de cuanto habian visto. Han visto glorias, y estas se callan en la vida mortal; pero no les manda callar lo que han oído, porque no se deben callar los méritos, con que oyeron se consigue la bienaventuranza.

Esta es, fieles míos, la letra del Evangelio, toda reducida, como habéis oído, á manifestarnos la trasfiguracion del Señor, la cuál, en comun sentir de los intérpretes sagrados, es símbo-

(1) *Chrysost. Hom. 17. in Matth.* (2) *Ephr. Hom. de Transfig.*
(3) *Vinc. Ferr. Serm. in sabbat. Dom. I. Quádrag.* (4) *Luc. c. 9. v. 31.*

lo de la gloria. Á consecuencia de esto, bien pudiera proponeros sus grandezas para excitaros á desearla; pero tengo por mas conveniente omitir por ahora este punto, y cargar en otro la consideracion. Todos saben, que para subir á la eminencia de un monte, es forzoso ir con trabajo, venciendo poco á poco su aspereza; ved pues aquí, lo que es necesario para llegar á la cumbre del monte de la gloria; es preciso ir cuesta arriba, porque es forzoso vencer con la gracia del Señor la grande aspereza, que traen consigo las muchas miserias de la vida: por lo mismo ha de ser todo mi asunto manifestaros, que para conseguir la gloria eterna es preciso trabajar mucho, miéntras que nos dure la vida, y que aún así será muy corto cualquier trabajo para merecerla. Imploramos para el acierto el auxilio de María santísima, nuestra madre, saludándola devotamente con el ángel: *Ave María.*

No una sino muchas veces habéis oído, queridos fieles míos, que el camino del cielo padece violencia, y que no se puede llegar á él, sino viviendo crucificados con el mundo, con las pasiones y apetitos: esta es una verdad indubitable, y tan repetida en los sagrados Libros, que á no querer cegar con la misma luz, seria temeridad oponerse á ella. Solo puede reinar con Cristo, dice san Pablo (1), el que sufra, y padezca igualmente por Jesucristo. Quien ha de seguir á su divino Maestro, dice san Lucas (2), es preciso que se niegue á sí mismo, y que lleve su cruz. No puede ser coronado de gloria, repite el Apóstol (3), sino el que haya sabido sufrir las penalidades y molestias de la vida. Esta es la frase de que ordinariamente usan las divinas Letras á cada paso; por consiguiente, oyentes míos, no hay cielo, no es posible subir al dichoso monte de la gloria, sino trabajando y padeciendo mucho. No lo extrañéis, porque si Jesucristo para entrar en la gloria celestial, fué conveniente, dice san Lucas (4), que padeciese tanto, como todos sabemos que padeció, ¿no será muy justo, que los que nos preciamos de ser discípulos suyos, padezcamos igualmente en esta vida miserable, siguiendo las pisadas de tan buen maestro, para ser compañeros suyos en la eterna bienaventuranza? Desengañémonos,

(1) *II. Timoth. c. 2. v. 12.* (2) *Luc. c. 9. v. 23.*

(3) *II. Timoth. c. 2. v. 5.* (4) *Luc. c. 24. v. 26.*

que los miembros deben conformarse con la cabeza, y habiéndonos abierto el cielo nuestro redentor Jesus á fuerza de infinitas penas, es muy puesto en razon, que nosotros sigamos tambien su ejemplo, en cuanto lo permitan nuestras fuerzas.

Á la verdad, católico auditorio, aún padeciendo mucho, ¿no se nos hará mucho favor? ¿Qué son todas las penas y aflicciones de la vida, comparadas con la eternidad? Si se miran los trabajos de este mundo con los ojos del cuerpo corruptible, no hay duda en que parecerán grandes, y efectivamente lo son, atendida la flaqueza humana; que aún por eso dijo san Juan en su Apocalípsi (1), que los santos llegaron á conquistar el reino de los cielos á costa de muchos y grandes trabajos; pero mirádoslos con los ojos de la fe; ponéd en balanza de una parte lo que dais y hacéis por Dios, y de otra el premio que os prepara, ¿qué proporcion hallaréis entre uno y otro? Escuchád á san Pablo, y os lo enseñará, porque es muy notable lo que dice este apóstol, y la circunstancia del tiempo en que lo dijo (2).

Habia predicado el Evangelio á las naciones, anunciándoles el nombre de Jesucristo: en sus peregrinaciones apostólicas, ¿cuánto habia sufrido por Dios! qué trabajos y fatigas! qué vigiliyas y sudores! ¿quién podrá ponderar los peligros, que padeció en la tierra y en el mar, en las ciudades y en los desiertos, de parte de los suyos y de parte de los extraños, de parte de los ladrones y de parte de sus hermanos? ¿En dónde no se habia señalado con su zelo y por su frecuente predicacion á los príncipes y á los pueblos, á los grandes y á los pequeños? Por sus continuas persecuciones, qué no sufrió? por naufragios, qué no padeció? por acusaciones delante de los jueces, qué no sostuvo? por baldones en plazas públicas, qué no recibió? por cadenas en prisiones, por golpes, por bofetadas, y por los mas rigurosos y mas indignos tratamientos, qué no toleró?

Añadíd á esto tantas virtudes, como habia practicado, y aún practicaba todos los dias. Qué amor de Dios! qué aborrecimiento de sí mismo! qué desprecio de todo lo sensible! qué negacion de sí mismo! qué pobreza, no solamente de corazon y de espíritu, sino pobreza corporal y verdadera! qué castigo de su cuerpo! qué abstinencias y ayunos tan rigurosos! qué oraciones tan repetidas! qué súplicas tan fervorosas! ¿Hubo

(1) Apoc. c. 7. v. 14. (2) Rom. c. 8. ex v. 35. II. Cor. c. 11. ex v. 21.

jamás hombre, que juntase mas rico fondo de méritos, y que pudiese esperar mas abundante cosecha ni hablar con mas confianza? Advertíd pues ahora, cuál era su concepto. *Todas mis obras, todas las mortificaciones, todos los trabajos de mi vida, no pueden entrar en comparacion con la bienaventuranza que espero.* Este era el juicio del santo apóstol; y da la razon: *porque todo lo que sufrimos y padecemos en la vida, es momentáneo, fácil y transitorio; pero el premio que nos aguarda, es grande en sí mismo, y eterno en su duracion* (1).

Por esta misma causa el Hijo de Dios, despues de proponernos su Evangelio difícil y severo, enemigo de los sentidos y de la naturaleza, lleno de mortificacion, de penitencia y de abnegacion, nos manda alegrarnos, recibir y llevar con santo regocijo, la carga que nos impone: *gaudete, et exultate* (2); porque en medio de la pobreza, del abandono y renuncia de todas las cosas, en medio de las lágrimas y aflicciones, todo nos debe ser gustoso y fácil; todo debe parecernos dulce y agradable, al considerar la recompensa tan grande y el dichoso fin, que se nos tiene preparado: *Quoniam merces vestra copiosa est in coelis.*

¡Oh, cómo conocieron esta verdad los moradores de la eterna patria, los santos digo, que han recibido ya la corona de sus trabajos en la celestial Jerusalem! ¿qué no hicieron, qué no padecieron por conquistar el reino de los cielos? En primer lugar, fueron exactísimos observadores de la ley divina; es decir, que resistieron todas las tentaciones, por violentas que fuesen; que se preservaron de pecar en las ocasiones mas peligrosas; que reprimieron sus pasiones mas dominantes y tuvieron la sensualidad continuamente sujeta, como es debido, á la razon y á la ley divina; que en medio de las riquezas conservaron el espíritu de desprendimiento, en medio de las grandezas el espíritu de humildad, en medio de los gustos y comodidades el espíritu de mortificacion, y en medio del mundo el espíritu de retiro y soledad. Es decir, que practicaron la penitencia, la paciencia y la caridad, que consolaron á los pobres, amaron al prójimo, perdonaron á sus enemigos; en una palabra, que cumplieron con todas las obligaciones generales y particulares de la ley divina, ya sea en el ejercicio de buenas obras, ya sea en el cuidado de los negocios humanos, ya sea en la administracion

(1) II. Cor. c. 4. v. 17. et 18. (2) Matth. c. 5. v. 12.

de justicia, ya sea en el gobierno de su casa, ya sea en todo lo que miraba á su Dios, en lo que tocaba á sí mismos, y en todo lo demas.

¿Pensáis, oyentes míos, que con esto hicieron los santos mas de lo que debieron, para ser puestos en el grado de siervos fieles, y para recibir del Padre de familias la dicha de su salvacion? Pues si consultáis y creéis á los mismos santos, os responden, que fueron siervos inútiles, que nada se les debía, que solamente contaban con la misericordia del Señor, cuya piedad corona en nosotros, segun dice san Agustin (1), no tanto nuestros méritos, cuanto sus divinos dones.

Añadid á lo expuesto un zelo muy superior; porque no se contentaron los santos con la observancia de los mandamientos, sino que procuraron juntar tambien el fruto de los divinos consejos. Pasád en espíritu á los desiertos de Egipto; considerád aquellos famosos solitarios de la Tebaida; seguidlos hasta el extremo de aquellas peñas; buscádos en las crudezas de las cavernas ó cuevas: son hombres, ó son ángeles? ¡Siempre velar, siempre ayunar, siempre orar, siempre meditar, siempre privarse de todo! Qué es esto? es vivir, ó morir continuamente? ¿Para qué tantas oraciones, tantas abstinencias, tantas austeridades, tantas disciplinas? Ay fieles, que lo entendéis muy mal! No obstante todos los rigores que ejercitamos con nosotros mismos, os responderán, y en su nombre os responde san Juan Climaco (2), no obstante tantos rigores, cuidamos demasiado de nuestros cuerpos: fuéramos dichosos, si despues de cincuenta, sesenta ó mas años de soledad y servicio en obsequio de nuestro Dios, pudiéramos ser recibidos en su santa morada, y tener asiento entre sus predestinados.

Así han pensado tantos fervorosos anacoretas; así han pensado en los monasterios y claustros tantas personas religiosas, y aún así han pensado tantos justos en medio del mismo siglo: unos y otros se daban por contentos, por satisfechos, bien servidos y pagados de sus lágrimas, de sus penas, de sus ayunos, de sus cilicios, enfermedades y demas aflicciones de la vida, con la esperanza bien fundada que tenian de que, como dijo san Pablo (3), despues de los combates les restaba una corona de gloria por toda la eternidad.

(1) *Aug. lib. 1. Conf. c. 20.* (2) *Climac. Escal. c. 5.*

(3) *II. Timoth. c. 4. v. 8.*

Pues ¿qué diremos de aquellos combatientes de la Iglesia militante los santos mártires? ¡Oh, qué suplicios tan severos imaginó la barbaridad de los tiranos para atormentarlos! Pero pregunto: pudieron acaso acobardarlos? Los llevaban al tormento, los clavaban en cruces, los tendian sobre ruedas, sobre llamas de fuego, en parrillas, en hogueras ardientes, y en aceite hirviendo; pero sobre el potro, sobre las cruces, sobre las ruedas, sobre las llamas ¿qué se oía de sus bocas, sino cánticos de alegría? Un san Estéban, al verse en medio de una tempestad de piedras, ¿pensaba mas que en orar por sus mismos enemigos? San Andres abrazaba la cruz, como el objeto de todos sus deseos; san Lorenzo advertía varonilmente á los verdugos, que las llamas habian quemado ya un lado de su cuerpo, y los convidaba para que le volviesen del otro. Válgame Dios! ¿de dónde le venia este aliento y fuerza mas que humana? Pero de dónde podéis pensar que les viniese? De que veían los cielos abiertos sobre su cabeza; miraban á Jesucristo su jefe, que les presentaba las palmas que traía en sus manos, y en su consecuencia perdian el sentido, y no solamente no tenian pena por sus tormentos, sino que sentian en ellos un gusto y suavidad indecible, hasta clamar y decir, como san Agustin en otro tiempo (1): *Hic ure, hic seca, hic non parcas, ut in æternum parcas*: no perdonéis, Señor, aquí en este cuerpo miserable y corruptible, con tal que por este medio perdonéis nuestras miserias, y nos hagáis participantes de vuestra gloria celestial.

Ved, fieles míos, cuán bajo concepto formaban los santos de todos los trabajos del mundo, comparados con la recompensa del cielo. Todas las penas, castigos, aflicciones y martirios les parecian tan suaves y ligeros, que no tenian en su aprecio lugar alguno.

Reflexionemos pues ahora, para nuestra instruccion y enseñanza, que hombres eran los santos como nosotros, aunque por otra parte mucho mas inocentes, mas mortificados y mas fervorosos que nosotros. Pues si estos hombres, despues de purificados en el servicio de Dios; despues de haber hecho infinitos sacrificios de sí mismos, y de sus inclinaciones, las mas naturales, las mas vivas y las mas dominantes; despues de haber vivido sujetos á una regla estrecha y penosa; despues de estar

(1) *Aug. ap. Rodrig. Perf. tract. 8. c. 23.*

crucificados con el mundo, despues de haber derramado su propia sangre; si estos hombres, despues de tanto mérito, no se reputaban por dignos de recompensa y de ser recibidos en el cielo; nosotros por cuatro Ave Mariás mal rezadas, por una corta limosna, por una obra de piedad perezosamente practicada, y de ordinario interrumpida; por último, nosotros, despues de una vida tibia y floja, ¿podremos lisonjearnos de tener incontestable derecho á toda la gloria eterna y á toda la felicidad de los bienaventurados? Qué locura y desatino!

Fieles de mi corazón, las leyes del cristianismo siempre han sido, son y serán las mismas; no hay en ellas aceptación de personas, y lo mismo manda á uno que á otro Jesucristo. Por consiguiente, si los santos, para entrar en el cielo, hicieron tanto, y aún les parecía poco, nosotros por nuestra parte debemos también seguir sus pasos, si queremos ser eternamente felices como ellos. ¿Por qué pensáis que los santos fundadores juntaron los hombres en las soledades, y los sujetaron á las leyes de una disciplina mas rigurosa? ¿Os parece que fué su intento proponer á sus discípulos un nuevo Evangelio, ó añadir rigores inútiles á la ley, que propone Jesucristo para el comun de todos los fieles? Ó error intolerable!

Sabéd, católicos oyentes, que cuando los cristianos formaban, aún en medio del mundo, una congregacion de santos, de la que no era digno el mismo mundo; cuando las mujeres manifestaban la piedad con su pudor y su modestia; cuando los fieles brillaban como purísimos astros en medio de las naciones corrompidas, entónces, á no llevar la idea de vivir con mayor mortificacion y austeridad, como la llevaron muchos, queriendo imitar á los profetas y á san Juan Bautista (1), hubiera sido inútil el retirarse á las soledades, porque la congregacion de los fieles era buen efugio y asilo de la virtud, y la vida comun de ellos era un camino, que guiaba fielmente á la salvacion eterna. Pero despues que, extendiéndose la Fe de Jesucristo, empezó á resfriarse; despues que, habiéndose hecho cristiano el mundo, trajo consigo á la Iglesia su corrupcion y sus máximas, entónces aquellas almas, á quienes quiso preservar el espíritu de Dios, viendo las ofensas y contradicciones de las ciudades, viendo que la vida comun no era ya en ellos vida cristiana, bus-

(1) *Fleury*, Costumbres de los cristianos, c. 26.

caron un asilo en la soledad, levantaron unos lugares seguros en medio de los desiertos, y juntaron hombres, para que allí se librasen de la corrupcion general; pero el fin que se propusieron, fué renovar las antiguas costumbres de los cristianos y facilitar á sus discípulos la observancia del Evangelio, que es la regla universal de todos, y que todos tenemos obligacion de observar; de manera que todas las precauciones de retiro, silencio y austeridad, que nosotros miramos como ajenas de nuestro estado, no fueron mas que unos medios, que estos santos penitentes tuvieron por necesarios, para observar unas obligaciones que les eran comunes con nosotros.

Es verdad que se obligaron á ciertos ejercicios particulares, que no propone por preceptos el Evangelio; pero con los auxilios de estos ejercicios particulares no intentaron mas que llegar con mas seguridad á la observancia de la ley de Dios: por esto renunciaron el sagrado lazo del matrimonio, para facilitar mas y mas la pureza y la castidad, mandada generalmente á todos los fieles; por esto se sujetaron á las leyes de un riguroso silencio, para evitar con mas seguridad las conversaciones de vanidad, de ociosidad, de malicia y de disolucion, prohibidas á todos los cristianos, y que son tan comunes en el mundo; por esto renunciaron absolutamente los bienes y las esperanzas del siglo, para llegar con mas facilidad á la pobreza de espíritu y al desprecio de las cosas perecederas, que á cada uno de nosotros se nos manda en el Evangelio; por esto se encerraron dentro de los muros de un retiro severo, para apartarse para siempre de los placeres y pompas del mundo, de que todos hemos hecho renuncia en el sagrado bautismo; por esto en fin se impusieron el yugo de los ayunos, de las vigiliás y demas mortificaciones, para domar una carne, que todos estamos obligados á crucificar continuamente, y para hacer como una ley doméstica la penitencia, que á todos manda el Evangelio, como ley indispensable.

Ved, fieles míos, cuál fué el fin de los santos patriarcas en sus respectivas fundaciones; proponer en la práctica de los consejos unos socorros, para cumplir con mas facilidad las obligaciones de la ley, á que todos estamos sujetos, que fué lo que hicieron los santos: esta fué su idea, pues, como todos saben, no es la severidad evangélica para unos y la indulgencia para